

vaje. Los azules despojaban y asesinaban á los verdes; penetraban en las casas y se hacían incendiarios para llevar á cabo y ocultar sus crímenes. Pronto las más viles pasiones se desbordan protegidas por la facción triunfante. Los lazos de la sociedad se rompieron; se forzaba á los acreedores á devolver sus títulos, á los amos á emancipar á sus esclavos, á las mujeres nobles á prostituirse á sus servidores; se violaba á las mujeres á la vista de sus maridos. ¿Apelaban las víctimas á la justicia? Un conde de Oriente fué azotado, un gobernador de Cilicia fué colgado por orden de Teodora por haber condenado á muerte á dos asesinos (1).

La protección concedida á aquel bandolerismo dió por resultado una sedición furiosa que redujo á cenizas casi toda la ciudad de Constantinopla, y aún comprometió la corona de Justiniano. Celebrábase una fiesta. Los verdes, reducidos á la última extremidad, empiezan por elevar súplicas respetuosas. ¿Qué hace el Emperador? Se degrada hasta insultar á sus súbditos; los llama judíos, samaritanos, maniqueos. Los verdes replican, y dirigen á su señor los epítetos de homicida, asno y tirano perjuro. Los azules se ponen de parte del jefe ultrajado. La sangre corre. Cuando estaban en el mayor furor, la casualidad trajo criminales de ambos partidos condenados al último suplicio; los azules y los verdes se unen para librar á sus presos. El prefecto resiste; su palacio es reducido á cenizas; se fuerzan las prisiones y se da libertad á la hez de la sociedad. El fuego se apodera de la magnífica catedral de Santa Sofía, devora un hospital con sus enfermos, destruye los edificios y las obras maestras del arte griego. El cobarde Justiniano quiere huir; fué necesario que aquella mujer, sacada por él de tan infame lugar, le recordase que para un rey el trono es la más gloriosa de las tumbas. Se reconcilia con los azules; hace una guerra de destrucción á los verdes; en un solo día perecen más de 30.000. Después empieza la obra de la venganza; Justiniano hace pagar bien caro su miedo á los vencidos (2).

Hé aquí la felicidad material que el despotismo proporcionaba al Imperio en tiempos de un príncipe, digno de pasar por grande

(1) PROCOP., *Hist. Arc.*, c. 7.—C. EVAGR., *Hist. Eccl.*, IV, 32.

(2) IBID., de *Bell. pers.*, I, 24; THEOPHAN., p. 273-286; GIBBON, c. 40.

en medio de la decrepitud general de su raza. ¿Qué sería si del estado material pasásemos al estado moral? Los antiguos decían que el esclavo perdía la mitad de su alma; pero no tenían idea de la servidumbre voluntaria en que se precipita todo un pueblo. El que quiera saber hasta dónde puede llegar la bajeza humana, no tiene más que contemplar á los grandes de Constantinopla en la antesala de Teodora. La orgullosa prostituta se complacia en humillar á la aristocracia. Los hombres más nobles, los más ricos se amontonaban en un estrecho gabinete en el que se ahogaban de calor. Aun cuando rara vez se dignaba admitirlos la emperatriz, acudían por temor de que su ausencia fuese notada. Se levantaban sobre las puntas de sus piés, estirando el cuello y con los ojos fijos en la puerta que comunicaba con el santuario de Teodora, para conseguir ser vistos por los eunucos que entraban y salían. Al cabo de muchos días sucedía que la emperatriz recibía por fin á alguno de los patricios de Bizancio; aquellos felices mortales, admitidos á la presencia de la diosa, no se atrevían á abrir la boca; se prostaban en tierra y adoraban con sus labios y abrazaban los piés de la mujer pública (1). ¡Hé aquí en qué pára la dignidad del hombre bajo el régimen imperial! No tenemos fuerzas para continuar esta triste historia; tememos acabar por disgustarnos de la especie humana.

§ IV.—Derecho de gentes.

La humanidad no es un privilegio de la cultura intelectual, es producto de la cultura moral. Es una planta delicada que necesita muchos elementos favorables para prosperar. Los Griegos brillaron por la inteligencia y el sentimiento del arte; pero en el apogeo de su gloria literaria, su derecho de guerra siguió siendo cruel. Montesquieu atribuye al cristianismo la dulzura de la política moderna. La educación cristiana entra indudablemente por mucho, pero por sí sola la religión hubiera sido impotente. El

(1) PROCOP., *Hist. Arc.*, c. 13.

Bajo Imperio era cristiano; el espíritu pacífico del Evangelio tenía en él mucha más influencia que en los países ocupados por las poblaciones guerreras del Norte; sin embargo, el cristianismo no produjo en él más que baja. Montesquieu nos lo dice: «una devoción hipócrita y universal abatió el valor y entorpeció todo el Imperio..... Entre mil ejemplos no citaré más que á Filípico, general de Mauricio que, en el momento de dar una batalla, se puso á llorar considerando el gran número de guerreros que iba á morir.» Nicéforo quería conceder los honores del martirio á los cristianos que perdiesen su vida en la guerra contra los infieles; el patriarca, los obispos y los senadores se opusieron vivamente; á sus ojos, los guerreros que defendían el cristianismo eran culpables porque derramaban sangre humana; para expiar aquella falta tenían que estar separados durante tres años de la comunión de los fieles. La humanidad no puede encontrarse entre estúpidos beatos; requiere almas fuertes y corazones bien templados.

Apénas registran conquistas los anales del Bajo Imperio. Casi todas las guerras fueron defensivas y vinieron á parar en la desmembración del reino. Las luchas de los emperadores de Bizancio con los pueblos bárbaros fueron más crueles que las invasiones de los Bárbaros en el Imperio romano. Un rey búlgaro, hecho prisionero por Miguel el tartamudo, fué mutilado; le cortaron los pies y las manos, le montaron sobre un asno y le pasearon por las calles, que iba regando con su sangre, entre los ultrajes del pueblo; el emperador asistió á aquella horrible fiesta (1). Al principio del siglo XI se sacaron los ojos á 25.000 cautivos, con un refinamiento de venganza increíble; su crimen consistía en haber defendido su patria (2). La crueldad contra los infieles llegó casi á ser un título de gloria. El emperador Constantino, que ha escrito el elogio de Basilio, cuenta los suplicios á que condenó su abuelo á los musulmanes cautivos; á unos se los desolló por completo ó se les arrancaron tiras de piel desde la cabeza hasta los talones; á otros se los suspendió con poleas y se los sumergió en calderas de pez; el emperador decía que este bautismo era muy conveniente para

(1) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio*, c. 48.

(2) IBID., c. 55.

tales prosélitos (1). Era una regla en el derecho de guerra de Bizancio el matar á los prisioneros cuando llegaban á estorbar por su número.

Justiniano reconquistó las provincias que los Vándalos y los Godos habían arrancado al Imperio. Se ha elogiado la conducta generosa del vencedor; la gloria de la conquista y de la humanidad corresponden á Belisario. Era humano por su naturaleza y consideraba la justicia y la equidad como las mejores armas para obtener la victoria. Habiendo desembarcado en Africa con un puñado de soldados para combatir á un pueblo poderoso, debió su triunfo tanto á su dulzura como á su valor (2). Escuchó las proposiciones de los vencidos. El único honor que puede corresponder á Justiniano es el de haber sido fiel á la promesa hecha por su general. Pero aun puede creerse que la vanidad entró por algo en la ostentosa acogida que hizo al rey de los Vándalos, cuando se considera cómo trató á sus propios súbditos los Africanos. Apénas Belisario salió de Africa, le reemplazó un ávido hacendista; aprovechándose de la circunstancia de haber sido destruidos los registros en que constaba el importe de los antiguos tributos, dió libre curso á su fantasía (3). Los Africanos vieron que el gobierno de su legítimo soberano era más duro que el de los Bárbaros; se insurreccionaron, y, como la opresión creciese de día en día, acabaron por echarse en brazos de los Arabes.

Lo mismo sucedió en Italia. En el saqueo de Nápoles el ejército griego robó, destruyó sin respetar el sagrado de las iglesias. La voz de Belisario contuvo la carnicería; vencedor humano, la victoria lo desarmaba; ordenó devolver los hijos á sus padres, las mujeres á sus maridos (4). El emperador no estaba á la altura de su general. Aun no estaba terminada la conquista cuando envió á Italia un hábil hacendista; su destreza para raspar las monedas de oro sin borrar su cuño, le había valido el sobrenombre del instrumento con que practicaba tan honrado oficio (5). Raspó

(1) CONSTANTIN., *Vita Basil.*, núm. 61.

(2) PROCOF., de *Bell. Goth.*, II, 81; de *Bell. Vandal.*, I, 13, 17.

(3) IBID., de *Bell. Vandal.*, II, 8.

(4) IBID., de *Bell. Goth.*, I, 10.

(5) Ψαλιδιον, *forticula*, una especie de cinceles.

tanto á los Italianos, que echaron de ménos á los Godos. Cuando vinieron los Lombardos se vió á los súbditos del emperador desertar del Imperio para buscar entre los Bárbaros un poco de humanidad. Escuchemos el grave testimonio de San Gregorio el Grande acerca de la administracion romana en el siglo VI: escribe á un obispo de Oriente (1): «No puedo explicaros lo que me hace sufrir el exarca. Su malicia es más funesta que las armas de los Lombardos; los enemigos que nos matan nos tratan mejor que los oficiales del emperador.....» En una carta á la emperatriz añade el Papa: «He sabido que hay idólatras en Cerdeña y que los obispos no se cuidan de instruirlos. Pero se me ha dicho que los que sacrifican á los ídolos lo hacen con permiso del magistrado, que cobra por consentirlo un tributo. Habiéndole censurado el obispo este tráfico inaudito, respondió que habia comprado tan caro su empleo, que se veia precisado á recurrir á todos los medios para pagarlo..... La isla de Córcega, prosigue San Gregorio, está tan abrumada de impuestos que apénas pueden satisfacerlos sus habitantes, vendiendo sus hijos; lo cual hace que abandonen el Imperio y busquen refugio entre los Lombardos. ¿Qué más les ha de suceder entre los Bárbaros que verse obligados á vender sus hijos?»

De manera que aquellos á quienes llamaban Bárbaros eran ménos crueles que la administracion fiscal de los emperadores. Los Arabes, á quienes los escritores cristianos comparan con un huracan destructor, son llamados como salvadores por las poblaciones oprimidas por el Imperio. Despues de esto, ¿sentiremos todavía la invasion germánica y la conquista árabe? Salviano dice que los Galos y los españoles procuraban evitar, huyendo, la sábia administracion de Roma, y que encontraban más humanidad entre sus enemigos los Bárbaros, que entre los Romanos sus amigos. Se ha acusado de exageracion al Jeremías cristiano; pero ya hemos visto que un Papa nos dice que los más bárbaros de los Bárbaros eran más humanos que los exarcas de Constantinopla. En verdad, es menester estar ciego para no bendecir como un beneficio la terrible invasion que nos ha salvado del despotismo imperial.

(1) GREGOR. M., *epist.* v, 42, 41 (*Op.*, t. II, p. 769, 768).

CAPÍTULO II.

EL CATOLICISMO Y LA IGLESIA GRIEGA.

§ I.— El cristianismo griego.

La suerte del cristianismo entre los Griegos suscita una cuestion de inmenso interes: ¿tiene la religion el poder de regenerar las naciones? Responderémos con la historia del Bajo Imperio en la mano. Cuando la corrupcion ha viciado los elementos vitales de un pueblo, las creencias no pueden salvarlo; solamente la infusion de sangre nueva puede devolverle la vida. La Europa debe á los Bárbaros esta saludable regeneracion; la ha pagado con las ruinas de una cultura brillante todavía, la ha pagado con la muerte de millares de sus hijos; pero ha salido de aquel inmenso cataclismo trasformada, fuerte, capaz de presidir á un nuevo desarrollo de la humanidad. Los Griegos del Bajo Imperio no han pasado por este bautismo de sangre; han perecido, sin que el cristianismo haya podido contener su ruina. Para que la religion reanime á los pueblos es necesario que los hombres tengan aún la fuerza necesaria para convertirse en hombres nuevos; los Griegos no la tenian. A las naciones que dejan perecer la moral, el derecho, la libertad, la historia les dice: «Vuestra suerte será la del Bajo Imperio.»

Si los Bárbaros hubieran destruido el imperio de Oriente lo mismo que el imperio de Occidente, tal vez deploraríamos aún la ruina de la civilizacion romana; tal vez diríamos: ¿para qué han servido los Bárbaros? ¿No bastaba con el cristianismo para infundir una vida nueva á la sociedad? El Bajo Imperio, atacado por los